

MADRID

NUMERO 12-53 H

JUNIO 1953

ANIMALES DAÑINOS

EL TOPO

Por JOSE DEL CAÑIZO
Ingeniero Agrónomo.



E L T O P O

El *topo* es un mamífero insectívoro del tamaño de un ratón, admirablemente conformado para la vida subterránea. Su cuerpo es rechoncho, fusiforme, casi cilíndrico; las patas y la cola, muy cortas; carece de orejas y su cuello está apenas marcado, no presentando, por tanto, ningún saliente que estorbe los desplazamientos del animal. El hocico puntiagudo de su cabeza, sostenido por un huesecillo recto y fuerte, le facilita el abrirse paso como una cuña en los terrenos sueltos. La piel es brillante, de pelo corto, afelpado, muy tupido, al que no se adhiere la tierra, cuyas partículas no llegan a la piel, como tampoco la humedad.

Para la excavación—aparte del hocico, rematado por una robusta jeta, como hemos dicho—dispone el topo de sus brazos o patas delanteras, muy cortas pero fuertes, cuyas anchas manos con la palma vuelta hacia fuera llevan cinco uñas enormes, planas y muy duras, que envuelven los dedos; son verdaderas palas, que el animal mueve con asombrosa rapidez para cavar y apartar la tierra. En los terrenos sueltos se desplazan con velocidad extraordinaria. Las patas traseras se apoyan por toda la planta de sus pies; tienen también cinco dedos, pero con garras cortas, siendo su misión, esencialmente, la de caminar.

Los ojos del topo son rudimentarios, a consecuencia de su vida habitual en la oscuridad; pero, en compensación, el tacto, el oído y, sobre todo, el olfato están muy desarrollados.

Hay en España dos especies de topos; el topo europeo, propio de la Europa Central y del Norte, y el occidental o ibérico.

El “topo europeo” (*Talpa europaea* de los zoólogos) se encuentra en toda la región norteña y levantina de la Península: Asturias, Santander, Vasconia, Navarra, Aragón (desde el Pirineo hasta el Ebro), Cataluña y Valencia. Es de tamaño relativamente grande (longitud de la cabeza y cuerpo, 12 a 15 centímetros); tiene los ojos descubiertos por un pe-

queño orificio de la piel, y el hocico muy prolongado. Color negro intenso, con reflejos acerados. En vascuence, su nombre es "satorra", y "taup" en catalán.

El "topo ibérico" (*Talpa occidentalis*) es la especie común en casi toda la Península, exceptuadas las provincias cantábricas, pirenaicas y levantinas, o sea desde el Ebro hacia Mediodía y Poniente. Su tamaño es algo menor (longitud de cabeza y cuerpo, 10 a 12 centímetros). Tiene los ojos siempre ocultos bajo la piel, hocico corto y cola muy velluda. Su color, que varía del negro al gris, es por lo común negro parduzco, o gris plateado oscuro. Recibe los nombres de "topo", en castellano: "toupeira" o "rato cego", en portugués, y "teupa", en gallego; "ingeniero", en la Rioja (1).

Costumbres.

El topo vive, casi exclusivamente, bajo tierra, donde, para procurarse las lombrices e insectos subterráneos de que se alimenta, abre sus largas galerías, saliendo raras veces a la superficie.

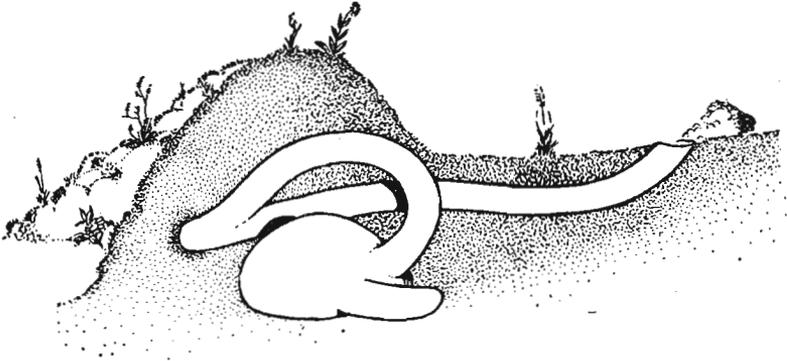
Los topos no invernán: hacen vida activa, tanto en invierno como en verano, saliendo de caza varias veces al día, pero nunca de noche. Las horas de mayor actividad son: hacia la salida o la puesta del sol y al mediodía.

Estos animalitos son muy voraces; se asegura que cada día devora un topo hasta tres veces su peso de lombrices de tierra, grillos cebolleros, gusanos grises, gusanos blancos, crisálidas, babosas y en general todos los pequeños animales que tropiezan en sus galerías, incluso ratoncillos de campo, musarañas, etc. CABRERA afirma haber visto a un topo devorar, en un par de horas, tres gruesas chicharras, un esli-zón y una pequeña lagartija.

(1) No deben confundirse los verdaderos "topos", que son animales insectívoros, con los roedores de vida subterránea llamados vulgarmente "topillos" ("talpóns", en valenciano), y que se alimentan de vegetales. Los topillos son algo más pequeños que los topos, pues miden 8 a 10 centímetros, más dos o tres de cola. La distinción entre unos y otros es fácil, sin más que examinar las patas cavadoras del topo y sus agudos dientes de insectívoro, en tanto que la dentadura de los topillos recuerda a la del conejo. Interesa la distinción, porque con frecuencia se atribuyen al topo los daños producidos por los topillos, cuyas costumbres son diferentes, así como los medios de combatirlos.

El topo construye un nido nuevo cada otoño, y la hembra pare una sola vez al año tres a cinco pequeñuelos, ciegos y sin pelo, que no se forma hasta que cumplen dos o tres semanas; su piel es rosada.

Los machos viven la mayor parte del año solitarios, en su propia madriguera, y son muy pendencieros, no siendo raras las luchas a muerte entre ellos. Las hembras y las crías son



La madriguera del topo ibérico consta de una cámara central o nido, de la que parte una serie de galerías más o menos superficiales.

más sociables. La época del celo es la primavera. La preñez dura unas cinco semanas.

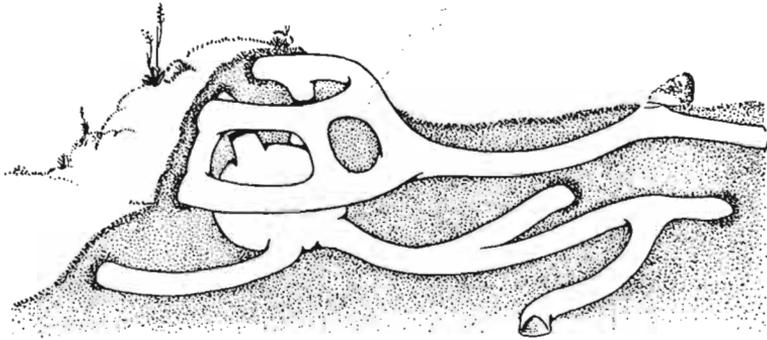
Madriguera y galerías del topo.

En nuestro país, los topos suelen establecerse en las praderas y dehesas, así como en los herreñales abandonados, prefiriendo los terrenos mullidos y frescos, como son los de huerta.

Su habitación o nido está a medio metro, o algo más, bajo el nivel del suelo. Procuran hacer su madriguera en parajes defendidos por la vegetación, sobre todo de arbustos espinosos; otras veces la sitúan al pie de un muro, debajo de un seto, o bajo las raíces de un árbol, buscando así abrigo contra la lluvia y los derrumbamientos. Prefieren, al parecer, los lugares elevados a los muy bajos. Huyen de los terrenos húmedos en exceso, así como de los muy pedregosos y de los que permanecen secos durante mucho tiempo.

Encima de su vivienda amontonan la tierra extraída en la excavación, formando la llamada “topera”, montículo que mide aproximadamente 30 centímetros de altura por 60 a 90 de diámetro. Esta tierra que cubre el nido, a manera de techo, está bien apelmazada y apisonada.

La madriguera consta de una cámara central o “nido”, de paredes lisas, y cuyo fondo está tapizado de musgo, hojas secas o hierba, y de un sistema complicado de galerías, cuyo diámetro medio es de cuatro a cinco centímetros. Partiendo



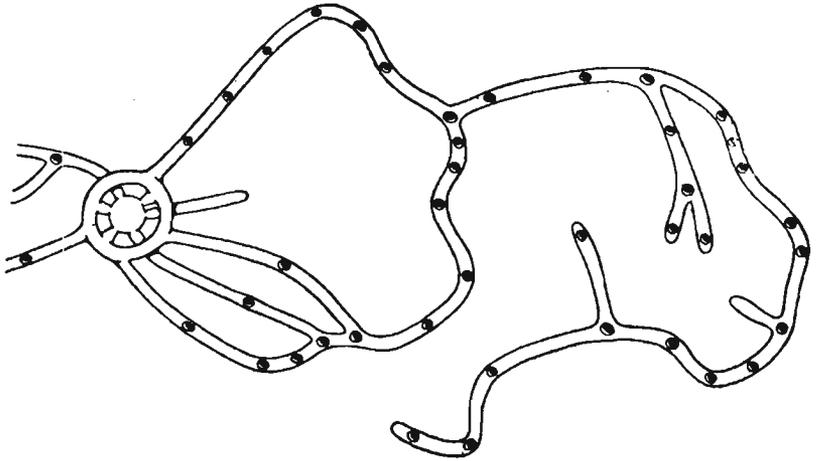
Corte de una topera con el sistema de túneles o galerías que rodea el nido, tal como la construye la especie norteña o europea.

del nido, se dirigen unas hacia arriba, que son las utilizadas para echar afuera la tierra; otras rodean el nido a manera de caminos de ronda, que a veces son dos superpuestos. Otra galería conduce al terreno de caza, alejado a veces un centenar de metros del nido y explotado en común por todos los topos de las cercanías. Por último, hay una galería de fuga, o de seguridad, que mide frecuentemente 30 ó 40 metros y conduce al exterior después de numerosas revueltas.

Además de tales galerías principales o permanentes, que son muy frecuentadas y comunican entre sí cierto número de nidos, todo el terreno invadido por los topos está minado por innumerables galerías temporales o caminos de caza, que son más estrechas y superficiales, de trayectoria muy irregular, y a lo largo de las cuales se encuentran, de trecho en trecho, montoncillos de tierra, llamados también *toperas*, pero

que no deben confundirse con las toperas de habitación, mucho menos numerosas; aquéllas las forma el animal al echar afuera la tierra removida, cuando se va acumulando en la galería en cantidad excesiva, pero no permanece bajo ellas, como en las otras.

La vivienda del topo—dice CABRERA—es, realmente, una obra admirable. La de la especie ibérica consiste en una porción de túneles sinuosos, unidos entre sí y que conducen a una cámara central, ocupada por el nido y casi siempre em-



Plano de una topera principal y de las galerías de caza, en las que se han señalado las pequeñas toperas o montículos formados con la tierra extraída.

plazada debajo de una gran piedra, de un zarzal o un matorral muy apretado, como si el animal quisiera evitar que se cavase allí y se descubriese. Si se suma la longitud de los diversos pasadizos, se obtiene con frecuencia un total de 12 ó más metros. Muchos de ellos no los hace el topo para llegar al nido, sino para buscar su alimento.

El topo europeo construye una vivienda mucho más complicada, con numerosas galerías que ocupan el interior de un pequeño otero, formado por la tierra extraída.

Daños que ocasionan los topos.

En huertas y jardines, el topo es un animal dañino, que destruye en pocas horas los semilleros, destroza las cebollas y corta o desentierra las raíces de las plantas anuales.

En las praderas rinden ciertos servicios al destruir numerosos "gusanos blancos"; pero, a poco que se multiplique con exceso, causa más daño que beneficio, al cortar las raíces



Sección de una topera doble, con dos nidos.

ces o descalzar las plantas. Las toperas dificultan el corte de la hierba y estropean mucho las guadañas, estorbando también el uso de guadañadoras. Además, si no se deshacen, acaban por desnivelar las praderas.

Está, pues, justificado frecuentemente perseguir a los topos y deshacer las toperas, lo que puede hacerse con azada o laya, o arrastrando por el suelo un aro de rueda de carro, o mejor una rastra pesada cuyas traviesas llevan rejas o cuchillas inclinadas, que sirven para rajar y dividir los montoncillos de tierra.

Dstrucción de los topos.

En las mañanas de primavera, cuando la actividad de los topos es mayor, es fácil acechar los movimientos de la tierra en sus galerías, para descubrir y matar al topo con un golpe de azada.

Aparte de este procedimiento elemental, disponemos de dos medios de lucha eficaces: los cepos o trampas y los cebos envenenados. También puede recurrirse a los cartuchos mata-topos, para asfixiarles en sus galerías.

Trampas o cepos.

Son de seguro resultado, a condición de que se los emplee en número suficiente, se coloquen bien y se cambien de lugar con frecuencia. Se han ideado numerosos tipos de trampas para topos, cada uno de los cuales tiene sus partidarios. El éxito depende, en gran parte, de saber elegir las galerías frecuentadas por los topos.

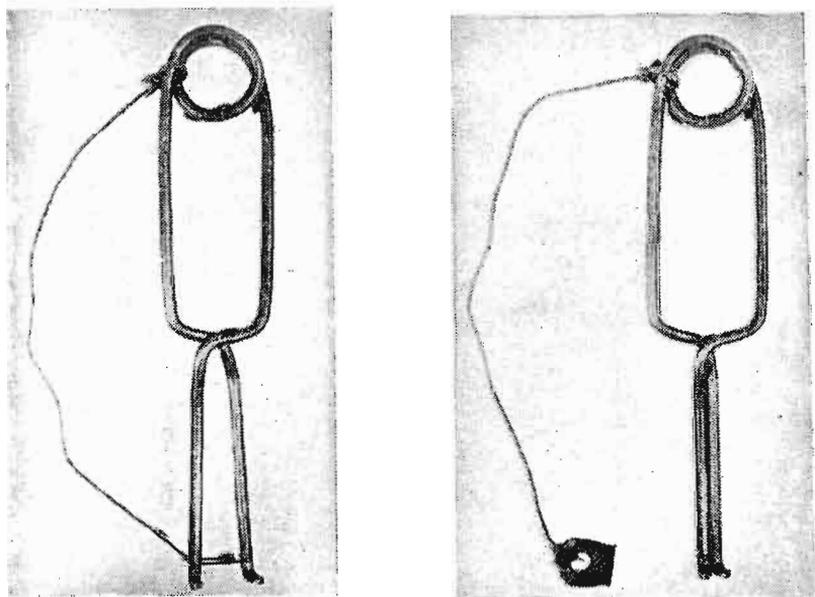
Los *cepos de tenaza* deben colocarse de manera que coincida su abertura con el hueco de la galería, para lo que deben clavarse hasta un poco por bajo del nivel inferior de ésta. Una vez colocado, se repone con cuidado la tierra, para que no entre luz ni se obstruya la galería. De manera análoga se colocan los cepos ingleses de *barrilete*, o de medio barrilete, con lazos de alambre sujetos por un resorte, que se suelta al tropezar el animal con un disparador.

El cepo más sencillo, construido con alambre de acero, consiste en unas pinzas de resorte, que se mantienen abiertas mediante una chapita metálica o un anillo, y se colocan dentro de las galerías permanentes que unen las toperas con el terreno de caza, más profundas y resistentes que las otras y recorridas por los topos varias veces al día para cazar. El trayecto de tales galerías puede reconocerse por el aspecto enfermizo de las plantas a lo largo de aquéllas.

Hay modelos de cepos que pueden colocarse sin necesidad de cavar, hincando sencillamente sus mandíbulas en el suelo. Menos prácticos resultan los cepos de tablilla o de caja, con mecanismo análogo al de las ratoneras. También son más

complicados y costosos los *pistoletes*, cargados con pólvora de caza y taco; el topo, al levantar la tierra a su paso, suelta una palanca que produce el disparo.

Cualquier modelo de trampa puede dar buenos resultados, si se emplea debidamente. Se elegirán, de preferencia, las galerías principales, que suelen hallarse a lo largo de un seto



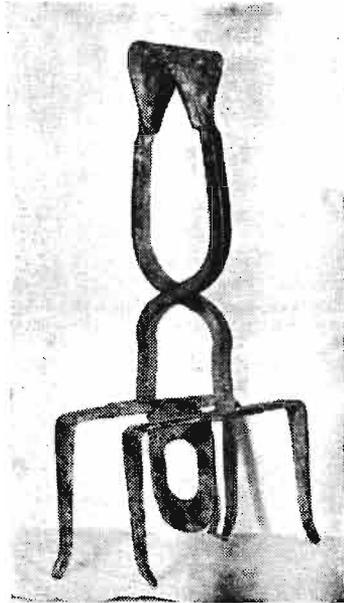
Cepo sencillo, hecho con alambre de acero.

o una cerca; otras veces en el límite entre dos zonas de alimentación. Se reconocen por presentar cierto número de pequeñas toperas. Cuando aquéllas no se presten a la colocación de cepos, se buscará la galería de caza, o su ramificación más importante, y se colocará el cepo en ella antes de que, a su vez, se ramifique en otras secundarias, que pueden distinguirse por un pequeño lomo, o ligeras grietas en la superficie del suelo.

Es importante comprobar si dichas galerías están en uso, para lo que basta descubrirlas y observar si se encuentran

limpias y pulidas, pudiendo verse las huellas de las uñas del topo; las galerías abandonadas están atravesadas por las raicillas de las plantas que vegetan encima.

La presencia de topos se comprueba también observando si se forman toperas recientes, en un plazo de dos o tres días. Otro indicio se tiene vigilando los tramos de galería hollados



Cepo francés de tenaza, montado.

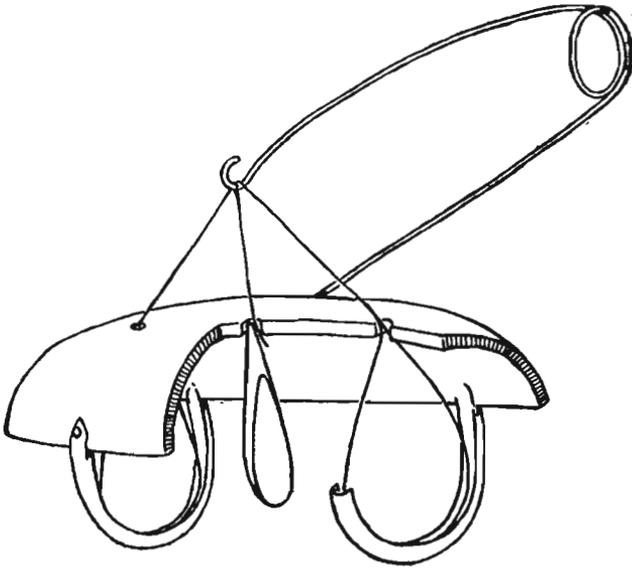
por el ganado, para ver si las pisadas están borradas por los topos. Igualmente, cegando una galería, puede comprobarse si está en uso, si después de un día o dos aparece desobstruída.

Envenenamiento.

Los topos, como hemos dicho, comen preferentemente lombrices de tierra, en cuya busca recorren sus galerías. El método de los *cebos tóxicos* consiste en procurarles lombrices envenenadas, siendo los venenos más eficaces la estricnina y

sus sales (cloruro y sulfato). Los topos rehusan cualquier otro cebo que no sea lombrices de tierra.

Primeramente es preciso recoger lombrices grandes en suficiente cantidad para tratar toda la extensión invadida. El veneno, en la relación de una parte en peso por 50 partes de lombrices, se esparce sobre ellas, revolviéndolas con un palo, para que el producto quede bien repartido y que cada porción lleve la suficiente cantidad. Se aconseja preparar el



Cepo inglés de medio barrilete, cortado en parte para mostrar la disposición de los lazos y del disparador.

cebo dos horas, por lo menos, antes de su empleo, y utilizarlo no más tarde de las seis horas después de preparado. Con estas lombrices se forman bolas que se introducen en las galerías de los topos, procurando no tocar aquéllas con la mano, para no comunicarles olor que haga desconfiar a los topos, cuyo olfato es finísimo.

Al revés que para las trampas, se preferirán las galerías hondas a las superficiales. La galería se abrirá con una azadilla, o haciendo un agujero con plantador, y el cebo se intro-

duce con cuidado, mediante unas pinzas largas o, sencillamente, clavado en una varita aguzada, procurando que las lombrices no queden adheridas a la pared de la galería. Esta debe taparse luego con tierra, para que no entre luz, pero sin cegarla y cuidando de que no caiga sobre el cebo.

Como las toperas alineadas en una misma dirección comunican entre sí, no es necesario cebar la galería junto a cada topera, sino con una cantidad prudencial: unos 25 cebos por hectárea será el mínimo requerido. Si después de aplicar los cebos se observaran toperas nuevas, es evidente que la cantidad empleada es escasa y habrá que repetir la operación.

Para asegurar los mejores resultados con el cebo precisa observar las épocas de mayor actividad de los topos, que se conocen por la formación de toperas nuevas, y dependen principalmente de la humedad de la tierra y de la mayor o menor abundancia de lombrices.

La estricnina es un veneno muy activo, por lo que la preparación del cebo debe confiarse a un farmacéutico, teniéndose el máximo cuidado en su manejo. Las lombrices sobrantes de un tratamiento se enterrarán profundamente, o se quemarán; las porciones de veneno no utilizadas se recogerán y guardarán bajo llave y en envase que no dé lugar a ninguna posible confusión. Evítese tocar el veneno con las manos, que también deben lavarse antes de comer o fumar.

Cartuchos mata-topos.

Más sencillo que el empleo de cebos, es el procedimiento de asfixiar a los topos en sus galerías, mediante cartuchos especiales que ofrece el comercio de insecticidas. Los cartuchos se colocan en las bocas o salidas de las galerías, después de prender la mecha y que empiecen a echar humo; luego se tapa el agujero con un poco de tierra; se elegirán, de preferencia, las bocas más altas y próximas al nido.

Si las galerías son muy extensas, debe colocarse un cartucho cada tres o cuatro agujeros; se tapanán todos aquéllos por donde salga el humo.